

multitud de sus esclavos. Estos, colocados en largas filas como los albañiles que vemos escalonados unos sobre otros, pasábase de mano en mano las piedras destinadas á un edificio, la toba y la puzolana, que de este modo llegaban hasta la superficie del suelo.

Estas excavaciones se llamaban *latomiae*, *arenariae*, *cantera de piedra*, *cantera de arena*. Existían muchas en Roma cuando se introdujo el cristianismo; otras estaban en vía de explotación. Entre las últimas se cuentan las de las vías Salaria, Apia, Aurelia y Nomentana. 1 La formación de las primeras nos está revelada por la simple razón y por el testimonio de los autores profanos. Por donde quiera que existen grandes ciudades, los materiales empleados en la construcción de aquellas ciudades debieron evidentemente dejar en las inmediaciones canteras más ó menos extensas. Así, Nápoles, Siracusa, París, poseen algunas que son verdaderas catacumbas. Cartago tenía también las suyas. Cicerón, Suetonio, Vitruvio designan los subterráneos de Roma de manera que no queda duda del origen de ellos. En el *Discurso en favor de Cluencio*, habla Cicerón de un cierto Asinio que atraído á los jardines de los suburbios y llevado á las canteras de arena fuera de la puerta Esquilina, fué degollado allí secretamente. 2 Nerón, viéndose ya en los momentos de ser aprehendido fué obligado por Faón á ocultarse en una cantera de arena: «pero, dice Suetonio, que se negó á sepultarse vivo.» 3 Para designar aquellos subte-

1 Boldetti, lib. I, c. II, p. 5.

2 Asinius autem brevi illo tempore quasi in hortulos iret, in arenarias quasdam extra partem Exquilinam, perductus occiditur. C. XIII.

3 Ibi, hortante eodem Phaonte ut interim in specum egestae arenae concideret, negavit se vivum sub terram iturum *In. Ner.*, c. XXVIII.

rráneos Vitruvio se sirve del mismo término *arenariae*. 1

Además, continúa Boldetti, hallándose los cristianos perseguidos hasta el último extremo, buscaron un asilo en aquellas vastas cavernas. Proveyeron así á la seguridad de los vivos, pero esto no bastaba. A fin de sepultar á sus hermanos condenados á muerte por la fe, ó muertos naturalmente, cavaron sepulcros en las paredes de los subterráneos. La prueba de que tal era la costumbre observada por los primeros fieles, consiste no solo en las inscripciones recogidas por el piadoso y sabio Severano, continuador de Bósio, sino también en las actas de los mártires. Las de los Santos Marco y Marcelino, dicen en términos expresos: «Fueron sepultados en la vía Apia, á dos millas de Roma, en el lugar llamado *Ad Arenas* (cerca de las arenas), porque allí había canteras de donde se sacaba arena para construir las murallas de la ciudad.» 2 Tal es, según los arqueólogos de que he hablado, el origen de las catacumbas. Todos están de acuerdo, no obstante, en que los cristianos han aumentado considerablemente los arenales paganos, y en que también, con excepción de la galería superior, los cementerios son obra exclusiva de nuestros padres. 3

1 *De Architect.*, XI, 4.

2 Sepulti sunt via Apia, milliario secundo ab Urbe in loco qui vocatur *ad Arenas*, quia cryptae arenarum illic erant, ex quibus Urbis moenia struebantur.—Bolland., 10 de Julio.

3 «... Da sostenitore della opinione contraria alle cristiane origine de nostri cimenterj si concede un esclusivo diritto e un tranquillo possesso su tutte quelle parti della Roma Sotterranea che son cavate sotto un primo piano.» —... En cuanto á los sostenedores de la opinión contraria á los orígenes cristianos de nuestros cementerios, se les concede un exclusivo derecho y una tranquila posesión sobre todas aquellas partes de la Roma Subterránea que están cavadas sobre un mismo plano.—Marchi, pág. 35.

Hé aquí ahora la opinión del P. Marchi. Como sus antepasados, admite la existencia de las canteras de arena y de piedra abiertas por los Romanos anteriormente al cristianismo; pero sostiene que no tienen ninguna relación con nuestras catacumbas; que éstas son de origen exclusivamente cristiano, así en las galerías superiores como en las inferiores; en una palabra, que los paganos no han dado, según su expresión, ni un solo golpe de pico ó de cincel en los cementerios cristianos. 1

Desde luego el origen mitad pagano y mitad cristiano de las catacumbas, así como el destino cristiano dado á las canteras de arena ó á las canteras de piedra, paganas, es una aserción que no descansa en ningún testimonio de la antigüedad. Además, el silencio absoluto de los historiadores de la antigua Roma ¿no parece inexplicable? ¿Quién no conoce el amor y la fidelidad minuciosa con que Tito Livio, Plinio, Suetonio, Tácito y tantos otros han descrito los monumentos de la capital del mundo? Los Teatros, los Circos, los Acueductos, las Vías, los Desagües, nada se ha olvidado. Y de nuestras Catacumbas, la mayor de todas las maravillas de Roma, ¿no han dicho ni una palabra! Este silencio ¿no es una prueba de que no las conocían? Y si no las conocían, ¿no se tiene el derecho de deducir que no existían antes del establecimiento del cristianismo y que los paganos son completamente extraños á su creación? 2

Además, si la gran necrópolis era obra de los paganos, las inscripciones suplirían al silencio de la historia y expresarían al

1 Debbo inuanzi tutto far palesi le regioni per le quali credo che ne nostri cimenterj il pagano non abbia dato mai un colpo ne di piccone ne di scalpello.—Id., pág. 7.

2 Yo ponía un día este argumento á una persona que creyó refutarlo diciendo: No se han descrito las Catacumbas de París.—¿Conoceis

ménos algún testimonio de su origen; y éstas no las hay. Sobre tantos millares de tumbas descubiertas hace tres siglos en nuestros subterráneos, no se ha encontrado una sola inscripción cuyo milésimo sea anterior á la era cristiana, todas las fechas son posteriores á la predicación del Evangelio.

Es necesario descender hasta el siglo décimosexto para encontrar el origen de la opinión que hace de nuestros cementerios, canteras de arena ó de piedra. Descubierta ese origen por los arqueólogos de aquella época se le ha repetido sin tomarse el trabajo de buscar sus fundamentos y en nuestros días ha llegado al estado de moneda corriente.

Bósio, el príncipe de la arqueología sagrada, ó tal vez los que le siguieron, Severano y Aringhi la avanzan como un hecho admitido cuyas pruebas se desdennan de presentar. 1

Boldetti se funda en las Actas de los Santos Marcos y Marcelino, que colocan el sepulcro de los dos mártires cerca de la Vía Apia, en el lugar llamado *Ad Arenas*. De aquí deduce que los cementerios cristianos se abrían en las canteras de arena primitivas. 2 ¿Habíanse creído alguna vez estas palabras susceptibles de semejante interpretación? ¿No es evidente que el autor ha querido expresar por una parte, que el cementerio en que los dos mártires fueron sepultados tenía una estricta relación con la cantera de arena inmediata de la cual tomaba su nombre? y por otra parte, que cementerio y can-

uno de nuestros historiadores que haya descrito los caminos y los desagües de la capital? Por otra parte, entre las Catacumbas de París y las de Roma hay el infinito. Las primeras no son más que canteras, las segundas son una ciudad. Si el silencio de Dulaure, de Mercier, etc., es una cosa muy natural, la omisión de Plinio, de Tito Livio, etc., queda inexplicable.

1 *Roma Subterránea*, I, C. I.

2 Boldetti, Osservazioni.

tera de arena eran dos cosas distintas? No dice que fueron sepultados *in cryptis arenarum* "en las criptas de las canteras de arena," lo que hubiera sido imposible en un tiempo, en que según el mismo autor, se sacaba arena para la construcción de las murallas de Roma, *quia cryptae arenarum illic erant, ex quibus Urbis moenia struebantur*. Dice simplemente: *in loco qui dicitur Ad Arenas*, "en el lugar llamado Cerca de las canteras de arena," lo cual es muy diferente. ¿Por qué confundir dos subterráneos, tan claramente distinguidos en el texto? ¿Cómo sobre una relación tan ligeramente examinada, establecer como principio, que los cristianos convirtieron á sus piadosas costumbres las excavaciones paganas?

Bottari es todavía más débil. Toda su argumentación se reduce á decir: "Asinio fué matado en las canteras de arena del monte Esquilino; Nerón fué obligado á ocultarse en las canteras de arena de la vía Nomentana;" luego las catacumbas cristianas fueron originariamente cavadas por los paganos. 1. ¿A dónde iríamos á dar, si fuera necesario rendirse á razonamientos de la evidencia y de la fuerza de este? Los dos hechos citados por Bottari prueban muy bien que cien años ántes del establecimiento del cristianismo, Roma tenía canteras de arena fuera de la puerta Esquilina y que existían fuera de la puerta Colina pocos años después que los cristianos hubieron comenzado á cavar sus cementerios. Prueban también que aquellas canteras de arena eran cavernas muy favorables á los bandidos que querían cometer asesinatos sin ser vistos de nadie, y á los culpables que querían sustraerse de las investigaciones de la justicia. ¿Pero qué relación hay entre este doble hecho y el origen pagano de nuestras catacumbas?

No solo la antigüedad se calla sobre este pretendido origen pagano de nuestros cementerios; la razón y la experiencia prueban además que es una quimera. ¿Cuál era la necesidad de los cristianos perseguidos, sino la de encontrar un refugio contra las investigaciones apasionadas de sus enemigos? Ahora bien, ¿podían encontrar este refugio en las canteras de arena ó en las canteras de piedra paganas? Las unas estaban todavía en plena explotación, las otras estaban tal vez abandonadas; ¿pero eran conocidas todas por los paganos que las habían abierto? Establecerse en ellas de un modo permanente, colocar allí sus altares y las tumbas de sus muertos ¿no era esto para los cristianos entregarse más temprano ó más tarde á una muerte cierta? buscar á sus víctimas en los únicos lugares capaces de ofrecerles un retiro ¿no era este el primer pensamiento que debía ocurrirse á los perseguidores? A ménos que se suponga á los cristianos desprovistos de sentido común, ¿es permitido atribuirles semejante conducta?

Que en un primer momento de espanto, cuando estalló la persecución de Nerón, por ejemplo, los cristianos viéndose sorprendidos se hayan refugiado pasajeramente en las cryptas paganas, esto es no solo posible, sino muy verosímil. De esta circunstancia demasiado poco observada, ha venido, según creo, en gran parte al ménos, el pretendido origen pagano de nuestras Catacumbas. En efecto, el estudio atento de los lugares muestra que á la entrada de los cementerios cristianos se encuentra bastante frecuentemente una cantera de arena pagana ó una de piedra también pagana. Por una parte, como hemos dicho, era natural que los primeros cristianos buscasen un asilo momentáneo en aquellas vastas cavernas; por otra, es

1 *Pittura e sculture*, etc. 1, 2.

cierto que no podían colocar mejor, al ménos al principio, la puerta de sus cementerios. Tales son, en efecto, las sinuosidades, la extensión y la oscuridad de aquellas canteras primitivas, que es fácil extraviarse en ellas y con mayor razón practicar allí aberturas secretas para introducirse en las entrañas de la tierra. Aquellas cavernas abandonadas les ofrecían otra utilidad; podían, sin comprometerse, depositar en ellas los materiales que provenían de las primeras galerías que ellos cavaban para su uso; pero lo repito, las canteras paganas nada tienen de común con las Catacumbas, á las cuales sirven simplemente de vestíbulo.

Sin embargo, como he dicho, esta intermediación es la causa probable del error que combatimos, error que era por tanto fácil evitar. Entre las canteras paganas y las catacumbas cristianas se nota una diferencia tal que es imposible al observador reflexivo confundirlas. Las primeras, anchas y espaciosas, abiertas generalmente algunos pies bajo el suelo, prueban evidentemente la intención de una explotación material, así como el tiempo y todos los medios de operarla. Las otras, al contrario, bajas y estrechas, hundiéndose á gran profundidad, anuncian con la misma evidencia un objeto muy diferente. Agregad que descubren á cada paso el temor del operario, la falta de tiempo y algunas veces la privación de los útiles ó de los recursos necesarios.

Para no conservar en este punto ninguna duda, basta comparar las Catacumbas de Nápoles, obra incontestable de los paganos, con las canteras de Roma y con los cementerios cristianos. Resulta de esta comparación que la galería superior de las Catacumbas, la única cuyo origen reservan los adversarios á los antiguos Romanos, es tan cristiano como las galerías inferiores. Si fuera de otro modo, se ob-

servarían en ellas señales de su creación y de su destino primitivo. ¡Pues bien! no se encuentra ninguna. Citaré solo dos ejemplos. En el cementerio de San Hipólito las galerías inferiores del cuarto piso y en el cementerio de San Thrason las del segundo, del tercero, del cuarto y del quinto piso, son de una forma perfectamente semejante á las galerías superiores. Es, pues, claro que no tienen ni un origen, ni un destino diferentes. Ahora supuesto que se concede á los cristianos el honor de haber cavado las galerías inferiores, ¿por qué motivo se les podría negar el de haber abierto la galería superior?

He dicho que las diferentes canteras paganas servían de vestíbulo á los cementerios cristianos; pero este hecho, cuya causa se conoce, está lejos de ser general. Cuando el cristianismo hubo hecho en Roma nobles conquistas, y las hizo desde el primer viaje de San Pedro, se abrieron Catacumbas en el recinto de los jardines y de las propiedades particulares. La historia nombra con reconocimiento á las ilustres matronas Priscila, Ciriaca, Lucina, que se apresuraron á ofrecer el interior de sus vilas para que sirviesen de sepultura á los mártires. La caridad les dió numerosos imitadores. Abrir cementerios inaccesibles á los paganos y procurar á los fieles asilos en que pudiesen sin temor ocultar su vida, depositar á sus muertos, celebrar sus misterios, era por otra parte una necesidad general 1. Así, es claro que no

1 *Haud procul extremo culta ad Pomoeria*  
(vallo)  
*Mersa latebrosis crypta latet joveis;*  
*Hujus in occultum gradibus via prona re-*  
(flexis)

*Ire per anfractus luce latente docet.*  
PRUDENT., *Hymn.* XI; BOLDETTI, c. II. p. 8.

"Hay una cripta formada en hoquedades oscuras, cavada no lejos del límite del valle Pomerano. Se llega al interior de ella por peldaños torcidos, rodeando por diversas partes y llevando una luz oculta.

deben buscarse las entradas primitivas de las Catacumbas, ni en las canteras de arena ó de piedra, ni á la orilla de las vías Romanas. Los vestigios que de ellas quedan se encuentran hoy en las viñas y en los campos abandonados de las inmediaciones de Roma. En cuanto á las puertas actuales construídas de bóvedas y de cantería, son posteriores á la paz de la Iglesia, es decir, contemporáneas del cuarto y aun del quinto siglo. Independientemente del carácter de la arquitectura y de los testimonios de la historia que fijan esta fecha, es imposible asignarles una época anterior, á ménos que se suponga que los cristianos quisieron por gusto nada más entregar sus refugios á las miradas de todos los transeuntes y dar á los perseguidores las señales de sus víctimas <sup>1</sup>.

Hasta ahora están establecidas tres conjeturas: la primera, que la antigüedad no dice una palabra del origen pagano de nuestras Catacumbas; la segunda, que las canteras paganas de piedra ó de arena, han servido de vestíbulo á muchos cementerios cristianos sin tener nada de comun con estos últimos; y la tercera, que la galería superior no es ménos la obra de mano cristiana que las galerías inferiores. Queda por probar que la suposición moderna del origen mitad cristiano, mitad pagano de las catacumbas, es una asercion desnuda de fundamento y cuya falsedad demuestra la naturaleza misma del suelo.

El suelo del campo romano no es un terreno primitivo, sino un terreno de formación secundaria. La piedra volcánica ó la toba forma su carácter general y presenta al geólogo tres especies muy distintas:

La toba *litoidea* que tiene la dureza del sílex ó del granito y que puede emplearse

como cimiento ó como basa en los edificios más grandes.

La toba *granular* que se corta fácilmente, pero que un viento fuerte descompone, y que con la traslación un poco brusca se hace trozos. Empleada en una plaza y en los cimientos de las construcciones de mediano tamaño, presenta bastante consistencia para soportar excavaciones y bóvedas sin peligro de que se muevan.

La *puzolana*, simple modificación de la toba granular, es una roca arenosa cuyas partes privadas de toda especie de mezcla no tienen entre sí ninguna cohesión; en otros términos, es arena, pero una arena excelente.

Esto supuesto, se comprende sin trabajo que los Romanos hayan cavado vastas canteras de toba litoidea y de puzolana, doble elemento de sus inmensas construcciones. Que lo hayan hecho, y hecho en una gran escala, la historia lo dice, el aspecto del campo romano lo muestra y todas las ruinas presentan la prueba palpable de ello. Pero así como tenían tanto interés en buscar la toba litoidea y la puzolana, así tenían muy poco en extraer la toba granular. Impropia por sí misma para la construcción de los grandes edificios, ó también de los edificios expuestos al contacto del aire exterior y del sol, no puede servir más que como arena, es decir, como parte integrante de la mezcla. ¿Se dirá que los Romanos siguieron hasta en las profundidades del suelo y explotaron las vetas delgadas é irregulares de la toba granular, con el fin de reducirla á polvo y hacer de ella puzolana? Pero la puzolana se encuentra en inmensa cantidad y desprendida de toda mezcla casi á flor de tierra sobre todos los climas de las inmediaciones de Roma. De este modo se presenta principalmente en la cantera de arena inmediata á las Catacumbas de Santa Inés, cantera de arena abierta por los pa-

<sup>1</sup> P. Marchi, p. 35.

ganos y que no está todavía agotada. Ahora, ¿se puede suponer que un emprendedor de edificios que encuentra á la mano y casi sin gastos materiales excelentes, se imponga el enorme gasto de ir á buscarlos en las entrañas de la tierra en donde son de una calidad inferior?

A esta primera cuestión se junta otra. En las canteras de puzolana, en donde ésta es más susceptible de hacerse polvo, y por consiguiente mucho más fácil de extraer y de trasportar que la toba granular, han practicado los paganos excavaciones dos, tres, cuatro veces más anchas que las galerías de las Catacumbas; en las canteras de piedra las excavaciones presentan una anchura de veinte, de treinta y de cuarenta metros; y en las canteras de toba granular ¿se habria reducido al débil espacio de ocho ó nueve decímetros? ¿puede esto concebirse? El deseo de encontrar la mayor cantidad posible de materiales, la ventaja del empresario, la facilidad de la circulación para los obreros, las bestias de carga y los chirriones <sup>1</sup> explican muy bien las vastas excavaciones de las canteras de arena y de piedra. ¿Cómo sucede que para la extracción de la toba granular se olvidan todas esas consideraciones? ¿De dónde viene el que se encierre uno en galerías de tal modo estrechas que un sepulturero pueda trabajar bien allí de frente y con un instrumento de mango corto, pero de modo que no pueda moverse si está acompañado, ó si tiene á las espaldas alguna gran carga? Y no es esto todo: ¿cómo explicar que el comerciante de toba granular haya encontrado su ventaja en abrir todas aquellas galerías en línea recta, en cortarlas siempre perpendicularmente, en mantener sus excavaciones casi siempre al mismo nivel sin subir las ni bajarlas; en fin, en descen-

<sup>1</sup> Carro para conducir materiales.

der hasta las entrañas de la tierra cavando hasta cinco galerías unas encima de otras para ir á buscar materiales que encontraba en la superficie ó casi en la superficie del suelo? Tal es sin embargo el absurdo método que debe imputarse á los Romanos cuando se supone la explotación subterránea de las vetas de toba granular para conseguir la puzolana.

Si este hecho, sin razón como sin ejemplo, es inadmisibile, hay otro que es imposible negar á ménos que se niegue la evidencia. Es el de que *todas nuestras catacumbas están cavadas exclusivamente en la toba granular*. <sup>1</sup> Agreguemos que no podían ser cavadas más que allí, y que su destino cristiano es el único que puede explicar, como de hecho explica admirablemente, la creación de aquellos prodigiosos subterráneos en la capa volcánica de que hablamos.

Las Catacumbas no podían ser cavadas en la *puzolana*. Es claro que esta tierra arenosa no presenta bastante consistencia

<sup>1</sup> No se conocen más que dos excepciones: las Catacumbas de San Ponciano en *Monte Verde*, y las de San Julio en la vía Flaminiana. Las primeras están practicadas en la roca marina. Por solo esto está probado que esta Catacumba como las otras, no es obra de los paganos. En efecto, no se encuentran en ella ni canteras de piedra para las construcciones ni canteras de puzolana para hacer la mezcla. El suelo es una masa confusa de piedras silíceas, calcáreas, reunidas por una mezcla de arena silícea, calcárea, arcillosa y mezcladas con residuos de vegetales ó de animales terrestres y marinos. ¿De qué utilidad podían ser para las construcciones aquellos despojos de todo género? La cal y la arcilla eran sin duda de un uso muy comun; pero ¿cómo habrían dejado los Romanos la fina arcilla del Janículo y del Vaticano, que se encuentran á dos pasos, ó las rocas calcáreas de las colinas tan inmediatas de los *Corniculani* y del *Lucrtilo*, por ponerse á cavar locamente en aquel caos del *Monte Verde* á fin de extraer de allí una mezcla informe de cal y de arcilla? —Las Catacumbas de San Julio y de San Valentin en la vía Flaminiana están cavadas en la roca fluvial; ellas prueban por esto, como las de *Monte Verde*, que no son ni pueden ser obra de los paganos.

para soportar semejante trabajo. Que en la abertura de una cantera de arena ántes de la sequedad producida por el aire exterior se pueda abrir una galería cualquiera, se comprende. Pero si se quisiera practicar una segunda ó una tercera galería encima y debajo de la primera, sería inevitable un derrumbamiento. Cada barretazo dado para cavar las segundas galerías haría vacilar el frágil centro que las separa de la primera, y al término del trabajo se tendría por resultado una abertura ó boqueron informe, pero nunca galerías ni arcos distintos propios para recibir uno ó muchos sepulcros. En efecto, no bastaba abrir galerías, era necesario también perforar las paredes con mil aberturas bastante espaciosas para poder contener cuerpos; era necesario, en fin, poder cerrar herméticamente aquellas aberturas después de la inhumación. Sin esta precaución, ni los miasmas pestilentes escapándose de los cadáveres hubieran hecho inhabitable la Catacumba. Venga ahora el más hábil arquitecto y que trate de cerrar aquellos arcos practicados en la puzolana con pesados pedazos de mármol ó con anchas tejas fuertemente unidas é incrustadas en una arena que cae hecha polvo al contacto más ligero, y verá si es posible á la ciencia humana resolver semejante problema. Tal es, por tanto, la manera rigurosamente necesaria con que debían cerrarse los *loculi* de las catacumbas, prueba evidente de que no podían practicarse en la puzolana.

Las Catacumbas no podían ser cavadas en la toba *litóidea*. Esta roca volcánica permite sin duda abrir espaciosas galerías, anchos lugares, elegantes tumbas y hasta habitaciones cómodas; pero la toba *litóidea* tiene toda la dureza de la piedra. Si el trabajo en la toba granular exige los brazos y el jornal de un hombre, el trabajo en la toba *litóidea* exige los brazos y

el jornal de tres hombres, porque esta roca es por lo ménos tres veces más dura que la primera. Si pues cada una de las parroquias de Roma con un colegio ó cofradía de ocho ó diez sepultureros pudiese bastar para dar sepultura á los muertos cavando los cementerios y los *loculi* en la toba granular, que presenta por otra parte la solidez deseable, ¿por qué motivo exigir de estas iglesias tan pobres y tan poco numerosas, que mantuviesen constantemente veinticuatro ó treinta sepultureros á fin de abrir tumbas en la toba *litóidea*, cuya excesiva dureza no era de ningún modo necesaria á su piadoso trabajo?

Independientemente de estas razones geológicas más que suficientes para explicar la creación de las Catacumbas en la toba granular, se puede decir que solo el instinto de la conservación debía necesariamente colocarlas allí. La puzolana y la toba *litóidea* eran buscadas ávidamente por los Romanos que hacían de ellas un gran consumo. Cavando allí sus retiros los cristianos, se exponían á ser descubiertos muy pronto. Ellos alejaban al contrario el peligro formándose habitaciones y sepulturas en la parte del suelo que el lujo ó la codicia no tenía ningún interés en explorar. Aquí el hecho confirma el razonamiento; no se conoce ninguna Catacumba ó parte de Catacumba que esté cavada en la toba *litóidea*. ¿Qué nos queda ahora, sino bendecir á la Providencia por haber dispuesto los elementos de modo que la Iglesia naciente encontrase en el suelo mismo de Roma un asilo asegurado por todas partes?

Tales son en compendio los motivos en los cuales se apoya el sabio P. Marchi, para sostener que nuestras Catacumbas son exclusivamente obra de los cristianos. En esta gran causa, he expuesto las razones de uno y otro sentir; el lector juzgará

cual merece su adhesión. Le ruego solamente que se acuerde de que, cualquiera que sea el partido que abrace, la autenticidad de las reliquias no deja de ser ménos inatacable. Lo veremos claramente en la continuación de esta historia.

### 19 DE DICIEMBRE.

Caractéres generales de las Catacumbas.—Los sepultureros.—Historia de las Catacumbas.—Catacumbas de San Pedro.—Su origen.—Sus glorias.

La Capilla papal nos había atraído á San Pedro, y estábamos preparados para visitar la Catacumba Vaticana. Antes de penetrar á ella, nos falta completar el estudio general de la Roma Subterránea. Ya sabemos que la mano de nuestros padres creó la maravillosa ciudad; pero ¿fueron los cristianos sin distinción los arquitectos? ¿Ninguna dirección presidió al trabajo? ¿Son nuestros cementerios un conjunto de galerías puestas unas al lado de las otras á la casualidad y sin regla? El estudio de las Catacumbas, de acuerdo con la historia, responde negativamente. En el imenso laberinto se descubre un plan uniforme que determina las partes interiores de cada cementerio y que ligando entre sí las diferentes Catacumbas tiende á no formar de ellas más que un solo y vasto dormitorio.

Desde luego, la dimensión de las galerías, inexplicable en el supuesto del origen pagano, se justifica por sí misma, bajo el punto de vista del destino cristiano, y atestigua un plan sábiamente concebido. Las galerías son estrechas y se comprende que deben serlo. Era bastante que diesen paso á dos hombres cargados para depositar un muerto en la tumba. Además, había siempre una gran dificultad, algunas veces hasta un peligro sério, en trasportar

á otra parte los materiales que provenían de la excavación. Así las galerías debían ser tanto más estrechas cuanto más aumentaren los escombros por la imperiosa necesidad de cavar las paredes á fin de practicar en ellas aberturas capaces de recibir dos, tres y hasta cuatro cuerpos.

En seguida la dirección rectilínea toma su explicación del rito cristiano, según el cual los cadáveres deben ser extendidos en el sepulcro y no deben ponerse encorvados ó hechos bola. En cuanto al corte vertical de las paredes está en relación con la cerradura de los diferentes pisos de sepulcro. Es evidente que no podrían sostenerse si la cerradura de las tumbas superiores no cayese perpendicularmente sobre la parte llena de la cerradura inferior.

En fin, la profundidad total de los *loculi* de derecha é izquierda excede en general á la anchura de la galería intermediaria, lo que denota de una manera evidente que ésta ha sido abierta para el servicio de las tumbas y de ningún modo con un objeto de explotación material.

Lo mismo que las tumbas y las galerías, la sepultura no se ha dejado al capricho ó al arbitrio; es uno mismo el modo en todas las Catacumbas. Un nicho cortado horizontalmente en las paredes, capaz de contener uno ó muchos cuerpos extendidos y cerrado por losas de mármol, de piedra, ó por anchos ladrillos fuertemente unidos entre sí; hé ahí lo que se reproduce seis millones de veces en los cincuenta cuarteles de la Roma Subterránea. No ménos que la forma de las galerías, esta manera de sepulturar los cuerpos supone, pues, un plan pensado con anticipación y rigurosamente observado. Ella prueba también que este mismo plan, así como las Catacumbas en donde ha sido ejecutado, son de origen exclusivamente cristiano. Los Griegos y los Romanos quemaban á sus muertos, cuyas cenizas encerraban en ur-